III

TANTO progreso introducido en
nuestra jaqueca pálida miseria de estufa
sin dolor sin domador sin
nada parecido a vientre maternal y
a tesoros ocultos

viejos lobos de esperanza fumando
en el origen de las lágrimas lejos de las
montañas que sangran por la nariz de las flores
amargura reemplaza las úlceras de lacre
los cangrejos en las tardes de lluvia

las mujeres perdidas en cada
emboscada de frío que
sobresale aun de las ramas disfrazadas de estatura
mercancías luminosas de sus rodillas
dispuestas a caer al borde de la sombra en llamas
como grúas de sinceros impulsos

cadenas de los siempre incomprendidos

IV

RAZA de islas, segregamos soledad como las tapias horizonte. Las alas nos son contagiosas porque el alma no es sino una costumbre de cuanto se siente capaz de sufrir. Por eso todas las piedras se encuentran en nuestro quehacer, pacientes o desprendidas,